SONRIÓ

Pequeñas arrugas se habían dibujado en su tez a causa del tiempo que nada perdona. Sus manos se sacudían en una secuencia constante y su profunda cojera, solamente ayudada por un viejo bastón, dificultaba su avance.

Le apenaba recordar lo que fue y había dejado de ser, la nostalgia de su juventud, el recuerdo de su antes. Y la rabia se colaba en su ser cuando pensaba en lo que un día sus piernas fueron capaces de hacer sin tropezar, lo que su voz fue capaz de gritar sin tartamudear y lo que su cuerpo fue capaz de resistir sin rechistar.

Era una batalla contra el tiempo, contra la propia biología humana, y ya la consideraba perdida, pues cuando el espíritu se corrompe, ya no hay marcha atrás.

Las paredes de su casa eran testigo de los diez años que había pasado dentro de ella, sin salir, sin siquiera poner un pie en la calle. Estaba demasiado débil y apenado por las crecientes faltas que se habían dado a su alrededor.

Mas ese día, lo que sería el aniversario de su mujer, todo cambió. Una pequeña golondrina picó la ventana de su humilde hogar. No fue escuchada, sin embargo, insistió con un divertido cantar que brotaba de su pico. La insistencia, como siempre, ganó, y el viejo anciano abrió la ventana. La golondrina lo miró con una quietud inesperada y, tras instantes en los que reinó el silencio, alzó de nuevo el vuelo hacia otra ventana.

Entonces, se encontró a sí mismo pensativo por lo sucedido. Puede que fuese una mera coincidencia, pero su mujer siempre solía decirle que estas no existen, que todo pasa por algo. Y aquella golondrina con la que había conectado a través de la mirada se le conocía como portadora de esperanza y renovación. No sabía si era capricho del destino o pura suerte, pero, sea como sea, decidió tomarlo como una llamada: ese día, por su mujer, rompería con su triste rutina y saldría a la calle.

Se armó de una valentía y un coraje que ni siquiera sabía que poseía, respiró hondo y abrió la puerta de su casa, sin apenas mirarse al espejo, ¿Para qué? Ya no sorprendía a nadie, ni siquiera a él mismo. Con el ceño fruncido, un bastón entre manos y actitud depredadora para ocultar su inseguridad, se dirigió sin un rumbo fijo a las calles de su bonita ciudad, deambulando y dejando las horas pasar.

Cuando sus ojos captaron la escena que a su alrededor se mostraba no fue capaz de frenar las lágrimas que por su mejilla comenzaron a caer. Frenó en seco y lo que veía era simplemente inefable.

Los árboles que en su época dorada se habían derrumbado y el cemento que dominaba las calles había desaparecido. Por los edificios se posabas enredaderas y el verde de la esperanza reinaba en la ciudad. Ya no se vivía en una tonalidad de grises, ahora era el arcoíris el que había tomado su lugar

Seguía siendo la misma ciudad de siempre, con su casco antiguo y su buena gente. Conservaba su alma, pero había algo distinto, ya no solo el cambio radical estético y ecologista, también en la actitud de sus ciudadanos.

Era precioso, ver aquello era emotivo. El pueblo se había convertido en uno solo por primera vez en la historia. Ya no eran etiquetas, sus relaciones personales iban más allá de su ideología política, su lugar de origen o su situación económica.

Aquello parecía una utopía, demasiado bueno para ser cierto, mas, cuando la desconfianza entró en el cuerpo de aquel anciano, una pequeña niña de ojos oscuros y andares vivarachos se cruzó en su camino.

Lo miró de arriba a abajo, con una mirada indescifrable a través de sus ojos negros como la noche. Unos mechones castaños y rebeldes caían por su rostro, y su tez, fina y lisa cual porcelana, se había teñido de un ligero rosáceo.

Entonces, su mirada cambió, aquella emoción que el anciano nunca supo identificar se transformó en diversión y alegría, acompañada de la siguiente palabra:

—¡Sonríe!

Una sola y única palabra bastó para replantearse todo hasta donde conocía. ¿Hacía cuánto que lo había olvidado? En sus recuerdos habían desaparecido los momentos en los que había sentido felicidad desmesurada, en los que había amado sin límites.

Tal vez nunca existieron, tal vez sí. De todas formas, no lo recordaba. Mas de lo que sí estaba seguro era de que se habían acabado los años de soledad y culpa, la palabra de una niña de mechones claros y la sorpresa de una ciudad renovada habían cambiado su perspectiva de la vida. Le habían abierto los ojos y abrazado el corazón.

Entonces, otra cuestión se coló en su mente: ¿De dónde venía aquel cambio? ¿Por qué?

La pregunta deambuló por su cabeza pocos instantes hasta que encontró la respuesta: Porque aman. Sin requisitos ni fronteras, las personas aprendieron aquello que parecía imposible, aprendieron a dar sin recibir, a repartir amor sin pedir nada a cambio. Y lo que ese día vio fue fruto de todo ello, porque cuidaron para amar, y amaron para cuidar. Para cuidar al mundo: su tierra y su gente con ella.

Así entró por primera vez desde hace más de lo que le gustaría admitir por la puerta de su casa.

Pero sonrió.

Sara Benzal Piñero

Categoría Secundaria: de 12 a 15 años.